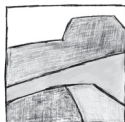


FLORA Y EL SUBMUNDO TENEBROSO

Luis Sánchez

editorial
PÁRAMO



Porque hay una cosa que me tiene en ascuas: ¿qué pasó con el Chumbo, con Remedios y con esa supuesta sobrina? Como en el pueblo lo último que me conviene es mostrar interés por el hombre de la cara llena de cicatrices, queda descartado preguntarle a la abuela, y menos con Tani al acecho. ¿Acudir a las vecinas?, ¿con lo que les gusta irse de la lengua? Estaría cavando mi propia tumba. Por otra parte, si es verdad que me han visto con él... ¿Pero quién? ¿El inglés? Con la inquina que me tiene la peruana y en vista de que me tiraba toda la tarde sin dar señales de vida, igual solo me dijo lo de las malas compañías por malmeter. Vete tú a saber. Otra posibilidad más factible, ahora que lo pienso, es que alguien nos viera fuera del cementerio... Sí. Va a ser eso. ¿Verdad, Ezequiel?

Anoche hablaron de pasada sobre un atropello pero, como se sobreentendía la cosa, no fueron todo lo explícitas que me hubiera gustado y no pude sacar mucho en claro. Ahora que tengo al Chumbo delante, a ver si consigo tirar del hilo para desgranar los hechos tal y como sucedieron. Por un lado, cuento con el pretexto de la supuesta jugarreta que le hizo el abuelo Roque y que todavía sigue en el aire y, por otro, y ya que quiso empezar a contarme su vida, parto con la baza del interés, si bien hasta cierto punto fingido, de querer escucharle. De hecho, creo que es por ahí por donde debería ir llevándolo a mi terreno. Lo que pasa es que después de cómo me marché ayer, voy a tener que ganármelo de nuevo, y el primer paso que he dado para conseguirlo no es que haya surtido el efecto esperado: pese a que se lo bebe como el agua, resulta que al sibarita del Chumbo no le ha gustado el vino.

—Reconóceme que este es un manjar comparado con el tuyo.

—Por eso mismo es peor.

Va y dice. Muy lógico.

Ahora lo intento con la cámara: activo el zoom y apunto a la casa del inglés. Dos cabezas de orejas puntiagudas sobresalen por encima del muro de piedra.

—Pastores alemanes.

Le informo, y le paso el móvil para que lo compruebe.

—Demonios encendíos.

Rectifica.

Aunque ha dejado de ladrar, Cartucho tampoco les quita ojo de encima. Me guardo el teléfono y apuro mi primer vaso; él va por el tercero, y aún con esas sigue cero comunicativo. Paso de dar más rodeos y, harta de tanto silencio, le lanzo la pregunta:

—¿Qué tipo de relación tenéis tú y tu hermana exactamente?

Mis palabras le pillan tragando vino; la nuez se le detiene.

—Ninguna, ni falta que hace.

—Pero digo yo que en algún momento sí os llevaríais bien.

—En algún momento.

—¿Y qué pasó?

—Que me clavó una faca por la espalda.

Vaya, como el abuelo. Aquí todo el mundo es un cabrón menos él.

Luego añade:

—La culpa es de mi padre, que en paz descanse.

—Que en paz descanse entre visita y visita.

El Chumbo me embiste con esos ojos inyectados permanentemente en sangre. Me apresuro a disculparme. Él no dice nada. Tan solo se limita a mantenerme la mirada durante unos segundos con el siniestro soplo del poniente de fondo. Carraspeando, aparca el vaso de vino en la mesa y clava los ojos en la inopia.

—Pa explicártelo, te guste o no, tengo que tirar patrás hasta el 68.

No, si al final va a resultar que bastaba con preguntar. Si lo llego a saber, me ahorro los cuatro euros del vino. Aunque, bueno, bien visto a mí sí que me va a hacer falta... Me enciendo el cigarro con el mechero que se saca del bolsillo de la camisa y me presta, y me acomodo para escucharle con el ronroneo de los gatitos saliendo de las entrañas del sofá.

El Chumbo empieza aclarándome que hasta los ocho años vivió en el pueblo. Sus padres eran los aparceros del cura, no sé si del de las clases de canto u otro, no lo especifica. El caso es que Remedios, él y los dos desgraciados que los trajeron al mundo vivían en la casa de un cura. Mientras que Primitiva Torres (voy a prescindir del “la”, puesto que no llegué a conocerla en vida) se hacía cargo de las tareas domésticas, su marido y primo lejano, Lázaro Torres, ejercía de albañil. Los recuerda malcarados desde siempre, por lo menos a ella. Él era más bien un tonto infeliz amante de lo ajeno. Me da a entender que en el pueblo no gozaban de buena reputación, ni siquiera él, el más pequeño, que por el hecho de parecerse a Primitiva le atribuían la misma mala leche. La única que se salvaba era Remedios, dice.

—Ahí donde la ves era un capricho de zagala. Además de lista como ella sola, tenía un corazón que no le cabía en el pecho; no como su madre.

Lázaro padre, tenía puesta tanta fe en la niña, en lo inexplicablemente espabilada que había salido, que estaba convencido de que un día los sacaría de pobres de una forma u otra.

—Esa ilusión suya nos condenó.

Reconoce llenándose otro vaso hasta el colmo.

Al poco de que Remedios naciera, Primitiva empezó a sentirse desplazada y, consecuentemente, a desarrollar lo que me da a entender que eran celos hacia su hija. La chiquilla acaparaba toda la atención de Lázaro. A más fueran, dictó el sentido común a Primitiva, más repartidas se verían las

atenciones. Fue así como Lázaro hijo, a.k.a. Chumbo, vino al mundo, con el fin de restablecer la concordia en el matrimonio. Igual que me lo cuenta él ahora, se ve que se lo contó una noche su padre harto de pacharanes. Le dijo que, junto al segundo hijo, también llegó el hambre. *Hambre viva*. Y es que, si bien no pagaban alquiler (me recuerda que su madre se deslomaba de sol a sol siete días a la semana para mantener aquel caserío presentable y que no veía una perra gorda por ello), su padre cobraba una miseria. *En el pueblo la puta posguerra no terminaba nunca*. Ante la tesitura de tener que alimentar tres bocas y verse sin medios, el padre hizo lo que desde entonces y hasta el final de sus días se convertiría en una constante: mirar hacia otro lado y empinar el codo. El Chumbo recuerda que, a veces, mientras su madre los peinaba para ir a la escuela, veía a Lázaro salir por la puerta en mono y con un morral y que ya no volvía hasta la noche, pero del día siguiente, cuando no lleno de arañazos, oliendo a perros muertos y vomitado de arriba a abajo. Primitiva ponía el grito en el cielo y el cura, ya cansado, les cantaba las cuarenta: o empezaban a comportarse como gente decente o carretera y manta. Lázaro se disculpaba, prometía no volver a meterse en líos y luego reincidía. Aprovechando que era analfabeto, Primitiva llevaba escrupulosamente las cuentas del dinero que traía al final de cada semana, lo que lo empeoró todo, porque, al verse privado de ese dinero, empezó a robar para procurarse la dosis diaria, y cuando lo pillaron con las manos en la masa el capataz lo despidió con un puntapié en el culo. Los vecinos presionaron al cura y, este, hasta el gorro de los Torres, le dijo a Primitiva y a Lázaro que, sintiéndolo mucho, tenían una semana para hacer las maletas y salir por la puerta.

—Fue Remedios la que primero propuso lo de venirnos aquí. Y eso en sabiendo que iba a salir ella la peor pará.

Cartucho vuelve a interrumpirnos con sus ladridos, no puede ver a los pastores alemanes ni en pintura. El Chumbo

se levanta con la vena hinchada, va a donde el perro, tira de la cadena arrastrándolo hacia sí y le arrea un mamporro en la cabeza que me duele hasta a mí. El pobre chucho se esconde dentro del bidón dando alaridos hasta que se calla.

Pero los perros del inglés no dejan de ladrar. Con el puño en alto, los amenaza a grito pelado:

—¡Os tengo que envenenar!

Cosa que parecen entender porque los enrabieta aún más. Tiznajo y Chispa miran a su dueño con recelo; el primero no se atreve a salir de su agujero en las chumberas; la otra de detrás de una garrafa con ese líquido verdoso que los viejos ponen en las puertas para que los perros no se meen en ellas.

Activo la cámara del teléfono y veo que a las cabezas de los perros se ha sumado la del inglés, que mira al Chumbo soltando maldiciones en su idioma.

Cuando los perros se cansan de ladrar, las chicharras retoman el raca-raca-raca como para recalcar la creciente tensión que se está generando entre los vecinos, que se sostienen la mirada en la distancia igualito que en una película de Sergio Leone. Y así se tiran un buen rato, hasta que el Chumbo da la espalda a su adversario y camina hacia la puerta del cortijo mascullando un *mal fin tengas* para sí.

—¡Quita de en medio, bicho!

Le grita a la perra, y la pobre huye patiabierta.

—Entre el ponientajo y el inglés de los cojones me va a dar un jamacuco. Vamos pa dentro, anda.

Me dice en un tono difícil de contravenir.

Antes de entrar, me doy la vuelta para asegurarme de que ni peruanas ni fantasmas nos miran.

La cocina-salón (que viene a ser un salón con una hornilla) queda a la izquierda, frente a un pasillo que se pierde en la negritud de las escaleras. Contra todo pronóstico, por lo menos pasillo y salón-cocina están en perfecto orden. Más allá de alguna baldosa levantada aquí y allá y los desconchones

en las paredes esperables tras el paso de los años, no me topo con la peste ni la capa de mugre tan temida. Digo más, el cor-tijo por dentro transpira un no sé qué de minimalismo, no es broma. La hornilla encima de una mesa y la mesa al lado de un destartelado armario que, supongo, usa como despensa y ropero. Aparte de eso, tres sillas de mimbre antiguas en torno a una mesa redonda con enaguas. Parece el salón de una casa de muñecas proletarias, una a camino de la de Pinypon y el portal de Belén. Por lo menos razón no le falta cuando dice que se está mejor. Hace fresco incluso.

—Las paredes son anchas pa que el calor no pase en el verano ni el frío en el invierno.

Me explica.

Al dejar la garrafa de vino sobre la mesa no puedo evitar fijarme en lo que hay en la repisa de la chimenea. El Chumbo me anima a que le eche un vistazo más de cerca, y eso es lo que hago. Se trata de una foto en tonos sepia de la familia al completo. Dice que se la hicieron en la feria del ganado del pueblo unos días antes de mudarse aquí, que fueron a gastarse la herencia de sus abuelos paternos recién muertos en media docena de gallinas, dos cabras y una burra de la que el futuro de los Torres iba a depender en gran medida. Se entiende entonces el porqué de las caras circunspectas de los críos y la madre. Al padre, Lázaro, es verdad que parecía faltarle un hervor. Con la camisa desabotonada y el pecho lobo al descubierto, y con un cigarro de churrasca en la boca, el cabrón sonrío a cámara como si la vida le sonriera a él. Le da la mano a Remedios, que está justo delante y lleva dos trenzas y un vestido de tergal por debajo de su talla, pupas en las rodillas y sandalias de esparto. Pese a la seriedad con que mira a cámara (con un ojo abierto y el otro cerrado de lo que el sol la encandila) despierta ternura. En cambio, Primitiva tiene la atención fija en un punto inconcreto. Fibrosa, oscura de piel y con el pelo estropajoso, se parece a la gitana

del romero que hay en la puerta de la catedral, hay cierto aire brujeril en su cara, incluso diría que en su pose como de ofendida con la vida; todas las pistas con las que me voy tropezando apuntan a que era una mujer difícil. Lleva sobre la ropa oscura una cadena con la medallita de algún santo y un mandil a rayas e, igual que Lázaro da la mano a Remedios, ella se la da a Lázaro hijo, quien mira a su hermana pasándose la lengua por un bigotillo de mocos resechos. Con los pantalones insultantemente cortos y por los sobacos y un chichón en la frente, lo que más llama la atención es la cantidad de lunares negros que le salpican la cara. Si te fijas bien, en algunos hasta se le adivinan pelitos. Le pasa al contrario que su hermana: por muy inocente que parece el angelito, da yuyu. Concluyendo: es una instantánea triste, que por alguna razón no presagia nada bueno. La devuelvo a su sitio.

Cuando me giro ya está sentado a la mesa rellenando los vasos. Chequeo en el móvil que son las once menos veinte; buena hora. Después de hacer los recados le he dicho a la abuela que, como ya no mancho, me iba a la piscina a darme un chapuzón y a leer. Por las mañanas suele estar vacía, así que aspiro a que no haya testigos de mi no presencia que puedan informarla si llegara a preguntarles. En todo caso acuérdate, Laura, de emparte bien el pelo en el caño de la fuente a la vuelta para no levantar sospechas.

Dice el Chumbo que a La Solana se mudaron con la intención de empezar desde cero. Sus abuelos la habían palmado no hacía mucho y, al ser Lázaro hijo único, había recibido el cortijo y las tierras colindantes en herencia. Con los animales y lo que ellas dieran pretendían, si no ahorrar, sí vivir en la autosuficiencia hasta que los almendros se recuperaran y pudieran vender la cosecha. Dice el Chumbo que entonces las paletas se veían lustrosas, que el estreñimiento estuvo a la orden del día en casa. Además de los almendros, a la izquierda del cortijo, todavía más concretamente al otro lado de la carretera, había un bancal lleno de parras que su padre podaba, labraba y curaba con un mimo con el que nunca se lo vería hacer a los almendros. A la burra la llamaron Boñiga, y a ella y a las cabras las instalaron en una cuadra que estaba en el cerro de enfrente, justamente donde el inglés tiene hoy su chaletito.

De una cosa estaban seguros: Remedios seguiría yendo a la escuela. Mientras el padre trabajara las tierras y la madre se ocupara de los quehaceres en el cortijo, la niña estudiaría. En cuanto al Chumbo, se quedaría ayudando en las faenas y luego ya verían. Yo me lo imagino jugando con las gallinas, poniéndole a cada una el nombre de una princesa Disney como hacíamos yo y mi prima con las barbies. Me lo imagino sacando a las cabras a pastar con el sol ya casi puesto, montado en la burra con su padre detrás, dirigiendo el arado, o prensando los calostros junto a la madre para hacer queso. Me imagino a un híbrido entre Heidi y Marcelino Pan y Vino inspeccionando hasta el último recoveco en busca de los maravillosos secretos que esta isla (ahora arrasada por la lava de un volcán) escondía solo para él. Lo veo cazando grillos, construyendo fuertes con ramas secas y, una vez ter-

minados, colocando plumas de paloma sobre la caña de la entrada a modo de estandartes, meciéndose en un columpio que nace en el cielo, robándole racimos de uvas a su padre y ofreciéndoselos a las cabras, las dos diosas cornudas que se apiadaban de él permitiéndole desayunar cada mañana leche con galletas. Y estoy dispuesta a seguir imaginando mil chorradas más hasta que el Chumbo corta por lo sano diciendo con sequedad que se lo comían las pulgas, que él solito tenía que sacar el estiércol de la cuadra y andar no sé cuántos metros cargado de mierda para abonar esas parras del demonio, que ordeñaba las cabras pero que de beber leche nanay, que cuando las sacaba a pacer se cocía al sol, que una mierda al atardecer, a las cuatro de la tarde con todo el chicharro, que entre que uno llegaba, se aseaba un poco, cenaba y se acostaba, se hacían las tantas y luego no había quien despertara al zagalajo gandul a las cinco de la madrugada. Y que, bueno, lo de asearse y comer es un decir, a menos que a un escupitajo pueda llamársele agua y ensalada a las ortigas. Aquí creo que exagera.

—Mi padre se desvivía por las putas parras; a los almendros, que eran los que tenían que darnos de comer, que les jodieran. Tampoco llovía, y eso tenía en un sinvivir a mi madre. ¿Cómo empezaron a salir del paso? Desfogando con el crío. Los palos pa él, a la zagala no que está aprendiendo a multiplicar y capaz se queda tonta.

Menos mal que estaba ella, su hermana, dice, si no se habría colgado de un almendro. Era Remedios la que al final terminaba haciéndole de madre, sobre todo cuando se trataba de vestir al crío, enseñarle a rezar, despiojarle o prestarle un hombro sobre el que llorar después de una tunda de palos sin venir a cuento.

—Me criaron a pedrás.

Recuerda que llevaba a su hermana en burra cada mañana a la parada del autobús. Tardaban media hora en ir y, a

mediodía, otros treinta minutos en volver. Él delante y ella detrás, con las piernas del mismo lado para no enseñar las vergüenzas.

—La faldilla.

Repíte como encasquillado.

Eran los mejores momentos del día, por el camino jugaban al *Veo, veo* y cuando no, ella aprovechaba para repasar la tabla de multiplicar en alto. Él la escuchaba olvidándose de azucar a la burra.

—Era lista, guapa y buena.

Aunque no lloviera del cielo les había caído un ángel. El Chumbo era muy consciente de que bien podían darse con un canto en los dientes.

Lázaro Torres era bueno en eso de autoengañarse, y su señora esposa, a falta de una salida, no tuvo más remedio que seguir su ejemplo: si él era capaz de desentenderse de las tierras para refugiarse en el vino con la esperanza de que algún día lloviera, ¿por qué no iba Primitiva a convencerse de que si los almendros no resucitaban era por falta de agua? Pasaban por alto, quién sabe si aposta o no, que son árboles de secano. Ella se negaba a reconocer que su marido era un gandul y un beodo de la cabeza a los pies, y él que la amargada de la Primitiva era la razón por la que había desertado de sus funciones como cabeza de familia incluso antes de llegar a La Solana.

El Chumbo dice que una noche la vio salir al raso con cuatro trozos de cebolla hueca sobre la tabla de hacer el queso. Al interesarse por lo que se proponía, Primitiva le explicó que era un truco que había aprendido de su abuela, que servía para predecir si el siguiente año iba a llover o no. *Si mañana amanecen llenas del agua del relente, es buena señal*, y sabiendo que eso no iba a pasar, el Chumbo se despertó de madrugada para trucar el experimento. Al día siguiente su madre estaba que no cabía en sí de alegría, dice que en su

vida la había visto tan contenta, y que nunca volvería a verla porque, efectivamente, ese año tampoco cayó una mísera gota.

En resumidas cuentas: Lázaro padre se limitaba a observar cómo los almendros agonizaban de sed mientras saciaba la suya con vino. De pie y al lado, Primitiva empezaba a desarrollar un tic en el ojo.

Se comieron las gallinas, las dos cabras y con la burra estuvieron tentados. Lázaro entró una madrugada en la habitación del Chumbo y, zarandeándolo, le pidió que lo siguiera a la cuadra. Mientras ensillaban a Boñiga, le contó lo que se proponía: ¿Te acuerdas del Chichipán? Sí, hombre, el que trabajaba conmigo en la obra. El tuerto, sí, ese. No se lo dije a tu madre por no liar más la cosa, pero el hijoputa me robó dinero. Y no una vez, no, ¡así de veces! Yo venga callar como un tonto pa quedar bien, con la esperanza de que el tiempo lo pusiera en su sitio, y ahora voy y me entero de que el condenao se ha comprao un cortijo a nuestra costa. ¿Tú ves eso justo? Pues yo tampoco. Lo que le haya sobrao lo tiene que tener escondío en alguna parte, y esos cuartos son nuestros.

Salieron con el lucero todavía en el cielo. Después de horas campo a través, vadeando terraplenes y rebasando los pedregales por donde Cristo perdió el gorro, recuerda, pararon en una rambla a beber. Cuando el Chumbo miró dentro de las alforjas, se encontró con que su padre solo había echado una botella de vino. A falta de pan, buenas son tortas, se dijo mirando los buitres planear sobre sus cabezas. Esa fue la primera vez que probó el alcohol, a cuarenta grados debajo de una retama, viendo cómo su padre se descalzaba porque algo le molestaba dentro del alpargate, algo que, al levantar la plantilla, resultó ser un nido de tijeretas.

A medida que se acercaban a su destino las ganas de llorar iban haciendo una bola cada vez más grande en el estómago del niño y, para cuando alcanzaron un pozo con su polea y

su cubo, puesto ahí como por un capricho del destino, era todo lágrimas. Sabía que el padre mentía y así se lo hizo saber. Lázaro le decía que no era momento de ponerse a hacer pucheros, que, por el pozo, tenían que estar cerca de lo del Chichipán y que capaz eran de oírlos. Insistía en que el muy cabrón le había robado dinero, a lo mejor no tanto como para comprar un cortijo, pero sí dos chotos, y que seguía sin ser justo. El Chumbo lo creía a medias, lo conocía bien, no por nada era su padre.

Como el crío seguía sin dar su brazo a torcer, después de apurar el agua de un pozo que resultó estar seco, Lázaro prefirió dejarlo allí: *Mejor me acerco yo solo y a la vuelta te recojo, no vayamos a liarla*. El Chumbo no puso impedimentos.

Pasó una hora, luego dos, tres, y así hasta que perdió la noción del tiempo. Lázaro no regresaba.

Tanto calor hacía que el crío se vio bebiendo del cubo lo que ya era puro barro.

—¡Madre santa qué panzón de llorar me di!

Recuerda agitando el poso del vino en el vaso.

Maldijo a su padre por haberle abandonado, porque a eso lo había traído, no le cabía duda. Seguro que ahora estaba lamentándose de su desaparición junto a Remedios y Primitiva. Dice que no llegó a odiarlo tanto como aquel día y que fue esa rabia la que lo impulsó a volver para contarle a todo el mundo de qué material estaba hecha la sabandija de Lázaro Torres. Eso sí, antes de irse vació la vejiga en el pozo por si acaso resultaba que reaparecía con el botín y muerto de sed, para ver si así escarmentaba.

Cerros y matorrales, eso era todo lo que se distinguía alrededor, por lo que no es de extrañar que acabara desorientándose. A cada paso sudaba una gota, era muy consciente de que el depósito se le vaciaría antes de llegar a su destino. Pero le daba igual, el regocijo de ver a su madre partiendo la vara de coger almendras en la espalda del traidor era todo el

estímulo que necesitaba para seguir adelante. ¡Así que imagínate qué chasco no se llevaría el pobre cuando, al escalar un barranco, se vio de nuevo frente al pozo con más sed que un camello!

Aquí hace una elipsis. Más que nada porque ve cómo se me revuelven las tripas, y eso le supone un alivio en tanto en cuanto puede ahorrarse detalles de lo que vino a continuación. Dice que Boñiga apareció poco después, pero que el que la montaba era el Chichipán. Se ve que a su padre lo habían pillado con las manos en la masa y que, entre él y el cuñado, le acababan de dar una somanta de palos que lo habían dejado *listico de papeles*. Prometieron no denunciarlo, pero a Primitiva sí que le contaron con pelos y señales los pormenores de la escaramuza fallida. A la mañana siguiente, cuando Lázaro salió del cortijo con las primeras luces del día, sus ojos tumefactos tropezaron con todas las parras cortadas a hachazos. Aquello solo sirvió para aumentar las tiranteces entre él y la madre de sus hijos, porque mangar no dejó de mangar, bien lo sabe el Chumbo.

—Remedios me dio la vida, no sé qué habría sido de mí sin ella aquellos años. Qué guapa era la hijaputa...

Y entonces pasa a recordar una Nochebuena en la que los cuatro se estaban metiendo entre pecho y espalda un pavo que nadie sabía cómo había llegado a la mesa. Rectifica:

—Robao sabíamos que era, ahora de dónde lo había sacao, eso ya era solo cosa suya.

Aquí tampoco cuesta mucho imaginarse las canas prematuras de Primitiva, el hígado abultando la panza de Lázaro y, más todavía, la cara de miedo de Remedios que, harta de todo, aprovechó el supuesto espíritu navideño que reinaba en el cortijo para comunicarles su deseo de estudiar fuera, Magisterio les dijo. Después lo esperable: Primitiva montando la de San Quintín, diciéndole que una cosa era saber un poco de esto y lo otro para desenvolverse en la vida y

otra muy distinta tener aspiraciones. Luego vinieron los insultos, no la mató de milagro. Lázaro cortó el rapapolvo con un puñetazo en la mesa diciendo: *Si la zagala quiere estudiar, que estudie*. Primitiva, lidiando con el cabreo, quiso saber con qué dinero, a lo que Lázaro respondió con una nada concluyente *ya veremos*. Y, en medio de aquel percal, el Chumbo asimilando la puñalada. No era ya el hecho de querer irse, sino el de atreverse a abandonar al hermano con aquellos padres descerebrados lo que le partía el alma. Era una traición en toda regla, y ella, por la forma en que lo miraba, sabía la índole del guantazo a mano abierta que acababa de endiñarle.

Aquella noche, cuando todos dormían, el Chumbo se coló en el cuarto de la hermana y se metió en su cama para pedirle por activa y por pasiva que reconsiderara lo de irse, que lo estaba dejando en la estacada, que sin ella él no era nada. Dice que recibió un guantazo como respuesta, este literal. Lo pienso y se me antoja excesiva y hasta contradictoria la reacción de Remedios. Me da, y ojalá me equivoque, que también intentó convencerla mediante otros medios...

Juan Botijo, propietario de la finca que pegaba a la de los Torres, compró la mitad de las tierras de la familia. La cuadra entraba en esa mitad y Boñiga se tuvo que ir a vivir con ellos al cortijo. La zagala iba a tener unos estudios como que su padre se llamaba Lázaro Torres Torregrosa.

Otra cosa que el Chumbo tampoco olvida, es esa mañana de septiembre en la que llevó a su hermana en burra a la parada del autobús. Esta vez él iba andando porque una maleta ocupaba su lugar; esta vez ni hablaron ni él se quiso fijar en los muslos de ella; esta vez no tendría que volver a mediodía.

Llegados a este punto hace un inciso para ir a por la bolsa donde guarda la churrasca. Yo aprovecho para llenarme un vasito, por la mitad. Son las doce y seis y todavía me queda algo de tiempo.